

En la obra de Sándor Márai, buscar la vida

GREGORIO ORTEGA MOLINA

☉ Parecen haber quedado claras las razones del pacto suicida ejecutado en marzo de 1983 y acordado entre el escritor de origen húngaro, Arthur Koestler, de 77 años, y su tercera esposa, Cynthia, de 56. Él, acosado por el Parkinson. Ella quizá sólo plegada a la voluntad del marido por temor a la soledad; murió porque no quiso vivir sola.

Nada hay en la decisión del autor de *El cero y el infinito* que permita suponer un desencanto ideológico, el saldo negativo de la vida vivida. Hay, por el contrario, mucho de lo que todo enfermo teme: la humillación que significa el dolor; la disminución sufrida por todo ser humano incapaz de valerse por sí mismo.

En cambio, el caso de Sándor Márai es por demás oscuro. También húngaro como Koestler, decide hacer mutis en 1989. No hay carta de adiós. Nada más dibuja la experiencia vivida para sus lectores atentos. Lo hace con el rastro de nostalgia y amargura que deja en la voz de sus personajes, en las situaciones de sus novelas, en la letra escrita de sus textos biográficos. Sin embargo, quizás hay un motivo medular: la desaparición de un mundo, de una manera de vivir, de un modo de convivencia y, sobre todo ello, la amenaza constante de la decadencia: la personal y la social.

La vida es veneno si no creemos en ella

Establecer una relación de alteridad con los escritores es un riesgo, pero es sobre todo una manera de leer y aproximarse a la razón subyacente en el texto, a los motivos personales de los personajes, a las consecuencias de sus actos, al miedo que anticipa la toma de una decisión.

También y en primera y última instancia —a la manera de la serpiente que se muerde la cola—, es determinar en qué medida va el lector a permitir que el texto incida en su carácter, su voluntad, su libre albedrío, porque la relación queda establecida en un sentido nada más, no hay ida y vuelta. El escritor no escucha los halagos ni los reproches de sus lectores, sólo los intuye al constatar el aumento o la disminución de las regalías.

En el caso de Sándor Márai considero que se ensanchó más esa distancia, porque el desencanto de sus observaciones se profundiza, tal como consta en *La hermana* cuando el narrador, el *alter ego* del compositor y pianista Z, descubre en el orden maníaco de los efectos personales de una pareja suicida lo que no es sino “un reflejo de la inutilidad de toda empresa humana, del orden que el ser humano se esfuerza en lograr con tanto empeño incluso en los últimos instantes. Ese esfuerzo estéril expresaba un triste deseo: el de poner orden en el gran desorden de la vida”.

Observación que es producto de la experiencia personal del autor, pues Márai cabalgó sus años de formación profesional en el periodo de entreguerras; el resultado inmediato de ambos conflictos bélicos fue el desorden, además de la desaparición del Imperio Austrohúngaro en 1918 y la edificación del imperio soviético en 1945. No es de extrañarse, entonces, que el narrador cuestione directamente al propio Sándor Márai, incluso en tono un tanto recriminatorio:

Escritor, a ver si aprendes a ser humilde, profundamente humilde, me dije. No sabes nada sobre los hombres, y tampoco sobre las fuerzas que los mueven y animan a vivir o morir. No sabes nada sobre el amor; en tu trabajo manejas simples ideas preconcebidas. La realidad es mucho más sorprendente, la fuerza de su imaginación es mucho más rica y mágica que cualquier situación humana que el hombre pueda concebir dentro de los límites de su propia imaginación.

A partir de estas líneas, *La hermana* queda determinada por la idea de Dios, a quien el hombre moderno y posmoderno dejó de escuchar, salvo en raras excepciones. Incluso, los personajes hablan de la actividad y la actitud de la deidad en el mundo, en lo cotidiano, en la realidad tangible, pues Z, enfermo y disminuido, hospitalizado en Florencia, es advertido por el médico que lo asiste: le ofrece tratar su enfermedad pero de ninguna manera curarlo, facultad ésta exclusiva de Dios. Le advierte de la necesidad de buscar la vida.



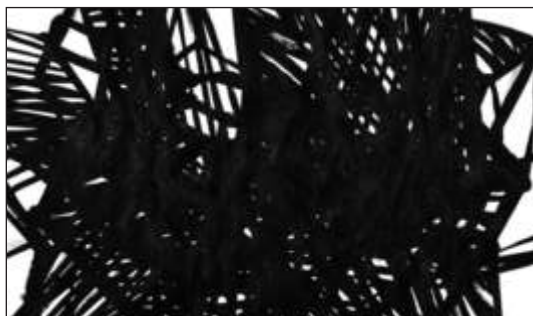
El narrador no quiere permitirse ninguna duda. Está urgido de regresar al anonimato, de olvidarse de sí mismo y desentenderse del mundo, por lo que —unos días después de haber visto los cadáveres de la pareja de suicidas y mucho antes de regalar su verdad, en la puerta del hotel donde se hospeda— cuestiona al escritor:

¿Qué nos podemos decir los humanos?... Nada ayuda. Hoy ha podido comprobarlo una vez más. La gente es arrancada de su destino por impulsos primarios incomprensibles, la rebelión de los elementos destruye el mundo humano... La destrucción campea a sus anchas porque la gente ya no conoce a Dios...

Es escritor, tiene que saber que sin la ayuda de Dios para el hombre no hay salvación en la tierra.

Aserto equívoco por ser de doble vía. Quiere, necesita, debe Márái, para su propia tranquilidad, culpar a la divinidad de los resultados, de las consecuencias de los impulsos primarios que desarraigan a los humanos de su propio destino para sujetarlos únicamente a su desatino, para concluir que sin la asistencia divina el ser humano es como hombre al agua.

Pero tanto Z como Sándor Márái traen cuentas pendientes con sus contemporáneos. Y no es sino hasta que el compositor y pianista ha muerto en algún lugar de Suiza, y cuando muchos meses después el narrador recibe el manuscrito de Z en el que le cuenta qué le ocurrió y cómo, que nos enteramos de su verdadera relación con la sociedad o, al menos, con buena parte de ella, porque “la calumnia tiene la peculiaridad de hacerse realidad aunque carezca de fundamento”, y es quizá por ello que el maestro —tal como se le llama a Z en la narración de la narración— requiere de la morfina para sobrevivir, para huir del



dolor, para olvidarse en el peor de los casos de esa permanente imagen de la condición humana, para sobreponerse a la humillación de depender de otros, pero sobre todo a la humillación que para él significa reconocer, como personaje y como autor, que sólo lo bueno procede de Dios.

Y no es para menos. Por ello Z se apartó del mundo, puesto que el creador de ese personaje descubre, en su momento y agobiado por la calumnia de que fue objeto, que “la enfermedad es un estado ancestral que desconoce el pudor”. De ahí, deduce el lector, el contento de los políticos que afanosos y afanosos quieren gobernar países, cuando lo primero que les hace falta para lograrlo es el pudor de su ignorancia.

El secreto de la mesura

Márái es un escritor lleno de sorpresas. Remite a sus lectores a un mundo que no conocieron pero que quizá les produzca nostalgia, o la idea oscura de que ese pasado fue mejor, incluso si los niveles socioeconómicos no los satisficieran y el promedio de vida no supusiera las perspectivas que hoy abre la medicina genética. La interrogante está aquí: vivir más, pero ¿cómo?

Márái lo tiene claro. En *Confesiones de un burgués* explica a su futuro interlocutor que para él

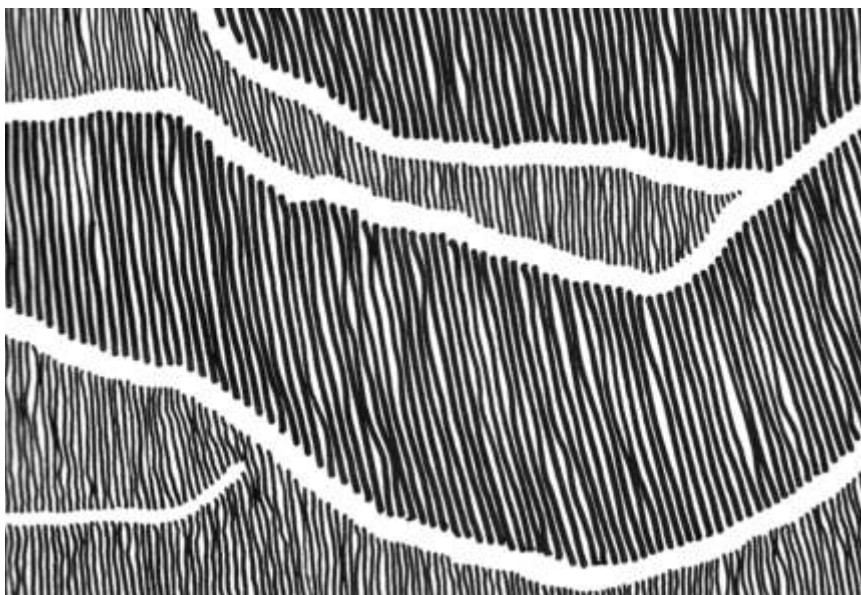
la vida pasa en una especie de penumbra, entre palabras que se quedan sin pronunciar, gestos abortados a medias, silencios y temores: así es la vida, en realidad. El equilibrio de una familia es algo muy delicado, como el equilibrio de toda vida... La cohesión desesperada y voluntaria de las familias judías no es típica de las católicas. Entre los judíos, la familia es lo primero y sus miembros individuales vienen después, mientras que entre los católicos

cada uno de los miembros vive sobre todo para sí mismo, y de sus emociones y sentimientos sobrantes deja caer a veces algo para los demás. Los judíos viven para la familia; los católicos, por la familia. No importan las excepciones, en general es así.

Pero el lector avezado podrá discernir que es sólo la fachada, la apariencia de una vida que anhela encontrar opciones distintas a las de la decadencia, a lo que quedó del Imperio Austrohúngaro. Busca su propia definición y, para su malestar, la encuentra amarrada a su pasado, de tal manera que confiesa: “La ‘personalidad’, lo poco que tú mismo te añades, es una nimiedad en comparación con la herencia que los muertos te dejan”. Está decidido, pues, a cargar con sus propios fantasmas, quizá por temor a perder su propia identidad, como ocurrió con sus padres, con la patria de la casa de Habsburgo, de Francisco José, de los personajes a los que da vida en *El último encuentro*.

Por ello no pone reparo alguno para explicarnos que la suya

no era una familia sencilla, las familias sencillas no existen; era una familia compleja, un conglomerado de personas unidas por la ira, la pasión o los intereses, de personas de distinto carácter y temperamento; un conjunto de personas que estaban unidas en una familia y que se mantuvieron unidas incluso en los tiempos más difíciles y atormentados, que acabaron con clases sociales enteras porque formaban una pequeña colectividad o comunidad de gran fortaleza. Era una familia complicada, con mucha ira y mucha abnegación, con pobres de espíritu y testarudos, con unos burgueses que, en los tiempos de mi infancia, ya habían llegado a la fase vital peligrosa, por conflictiva, del Estado burgués. A ellos se lo debo todo, y me ha costado mucho olvidar y aniquilar en mí esa herencia.



¿A cuenta de qué necesitaba Sándor Márai liquidar la herencia genética de su familia, pues no es a otra a la que se refiere, sino a aquella que define las filias y las fobias, los gustos y los disgustos, las fuerzas y las debilidades, el estado de ánimo, el carácter, las virtudes y los valores que en su momento fueron el hábito del Estado burgués del que ya siente nostalgia y al que no sabe cómo sustituir en sus afectos, en sus preferencias, tal como deja constancia en *La herencia de Ezter*?

En la percepción del mundo que Sándor Márai plasma en su obra pudiera reconocerse la fuerza que lo orilla a elegir el periodismo como profesión original, pues “en aquella época, la prensa era todavía una autoridad y un poder. Entre los judíos errantes de la información periodística, el redactor jefe era toda una autoridad”.

Pero no todo es fácil para el aprendiz de burgués. Ser él mismo lo conducirá a reconocer que “la gente temía a los periodistas y los despreciaba”. Por ello, cuando los miembros de su familia se enteran de que colaboraba en varios periódicos de Pest, piensan que estaba perdido: un periodista, después de todo, “no formaba todavía parte de la sociedad burguesa: todos lo saludaban con respeto, pero nadie lo invitaba a comer. En el escalafón social se situaba por encima del galán de la compañía de teatro local. La situación económica y social de los periodistas sólo ha mejorado en los últimos tiempos”. Con todo pesar, sin embargo, acepta que la redacción de un diario es un sitio mágico, y que quien llega a conocerlo está perdido para siempre.

Es bajo ese influjo mágico del periodismo y las salas de redacción que decide abandonar Hungría. Sabe que el oficio le exige ver, estar donde ocurren los sucesos. Llega a Frankfurt, donde es contratado por el *Frankfurter Zeitung*, periódico que sobrevivía gracias a su fama, su superioridad espiritual y su independencia, y con importancia mundial.

La implicación es terrible: Sándor Márai se forma como periodista, adquiere su experiencia del mundo en la Alemania nazi. Y nos preguntamos: ¿de qué manera incidió esa labor profesional en su manera de percibir el mundo y concebir su ulterior desarrollo como hombre de letras? Para la respuesta no hay ambigüedad posible. Su percepción de la sociedad está definida por su actividad en Frankfurt y su experiencia de vida en Berlín, donde gra-

cias a sus almuerzos con la aristocracia puede conocer la otra cara de la ciudad, “la que salía en la primera página de los periódicos cuando la gente famosa tenía un éxito o un fracaso importante”, porque “existe una clase de personas que nunca sale en las páginas interiores, en la sección de sucesos”.

El lector puede enterarse de lo que siente, piensa, padece y proyecta Márai. Evocando la manera en que decidió dejar Frankfurt para irse a vivir a Berlín, cuenta que un día despertó y se dio cuenta de que el año que llevaba en Frankfurt lo había hecho madurar, y pensó entonces que el trabajo periodístico sólo sería para él una manera de ganarse la vida, porque

la disposición y la actitud propias del escritor —el interés y la tendencia a una visión amplia, a una “visión distinta” de las cosas que hay detrás de los hechos y las personas, a esa visión que es más verdadera en los ojos de un escritor que la realidad palpable— determinaban mi forma de vida. Escribir significa, ante todo, una manera de comportarse, una manera ética de comportarse, para decirlo con una palabra altisonante. Me di cuenta de que me esperaba una tarea que debía realizar en solitario, sin aguardar ninguna ayuda exterior; y como me sentía débil y sabía que no estaba preparado, esa tarea me causaba angustia y, a veces, hasta pánico.

A tiempo se da cuenta Márai de que “el periodismo puede ser un oficio muy triste que sólo sirve para ganarse la vida o puede ser una ‘vocación’, pero en la mayoría de los casos se resume en un determinado estado anímico”. El oficio, sin embargo, le permitió conocer el secreto de la medida, de las proporciones. Saber en cada momento y con total e ineludible certeza lo que él y su mujer querían: cuándo, dónde, cómo y en qué

proporción. También le permitió determinar si algo o alguien le convenía. Aprendió a “no tener vergüenza de nada humano, de nada artificial u obligatorio para la convivencia”. Cuenta también —¿será cierto?— que los años que junto con su mujer vivió en París, siempre como periodista, le enseñaron a ser humilde y exigente, a tener capacidad para palpar la realidad y a poner en práctica una conducta más sencilla, exenta de todo servilismo ante la vida.

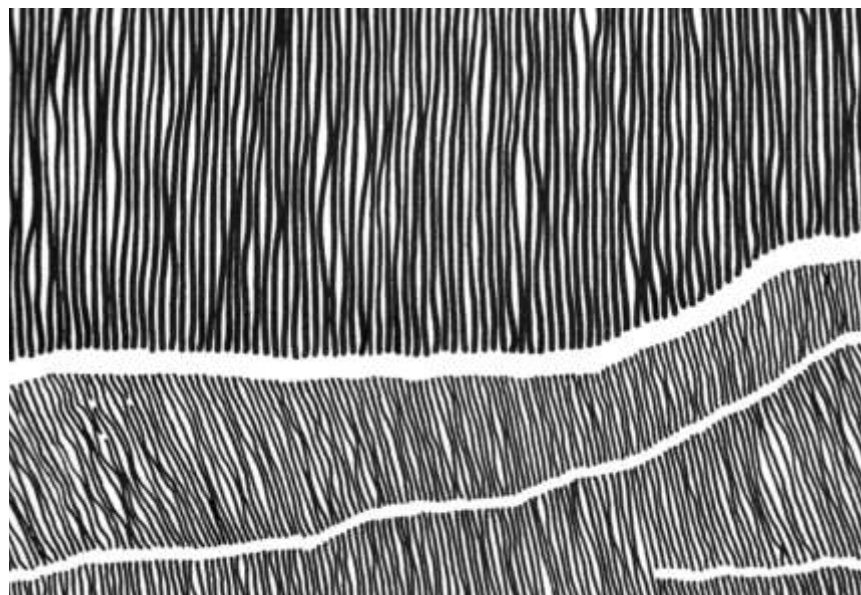
¿Qué es el poder, cuando nada hay cierto salvo la calumnia?

Quizá fue ese oficio de periodista, de observador, lo que orilló a Márai a concebir como *alter ego* a *La mujer justa*, esa dualidad de esposa y amante, de estabilidad y aventura, de conservación de los valores burgueses y rompimiento con la herencia de sus padres, con la sociedad, con el sistema, pues nada hay peor para esa clase de gente que descender, aunque ese descenso implique la búsqueda inalcanzable de la felicidad. Es, con toda certeza, la referencia perfecta para contrastar lo que es y seguramente será el futuro con lo que fue y no regresará, pues el tiempo es un absoluto al que todo lo humano se vence: los treinta minutos

o los treinta años llegan a los treinta minutos o a los treinta años, sin importar nuestra percepción de un tiempo más rápido o más lento.

Cuando la esposa evoca, recuerda para ella y para su confidente la distancia formal establecida entre la educación de su marido y la suya, el lector percibe el conflicto interno de Márai: “A mí me enseñaron que en la vida hay que salir adelante con lo que hay. A él le enseñaron que ante todo hay que vivir como se debe, con refinamiento, siguiendo las reglas y las buenas costumbres. Eso era lo más importante. Son unas diferencias enormes. Entonces —se refiere la mujer al momento de su matrimonio— yo no lo sabía”.

Profundiza en la evocación de los tiempos idos: “A mi alrededor todo presenta un matiz ligeramente distinto de como a él le gusta, de a lo que él está acostumbrado. El burgués es mucho más sensible a esos matices que el aristócrata. El burgués tiene que estar demostrando toda la vida quién es. El aristócrata ya ha demostrado quién es al momento de nacer”, planteamiento sencillo que hoy el lector no se haría porque lo burgués como concepto y forma de vida dejó de ser, mientras que la aristocracia es actualmente sólo un divertimento de re-



vista para las esposas de los políticos que quieren, ansían ser pero no pueden, y para esa clase social que nada tiene que ver con la burguesía, porque los valores que la alientan son otros.

Es la narradora de Sándor Márai, la mujer del burgués que atestigua cómo se diluye su mundo, la que tiene una respuesta para las ansias y las bebidas de ciertos políticos. Dice, en conversación con su amiga en la casa de helados: “Dime, ¿qué es el poder? Hoy en día se habla y se escribe mucho sobre este asunto. ¿Qué significa el poder político, qué es lo que hace que una persona logre imponer su voluntad sobre la de millones? ¿Y cuál es el fundamento de nuestro poder, el de las mujeres?”.

Es la propia narradora la que encuentra la respuesta al origen de su fuerza y la duración de su poder:

¿En qué se convierte el sentimiento humano cuando detrás de él se esconden la intención y la conciencia? ¿Sabes?, cuando uno se va haciendo viejo se da cuenta de que todo es diferente de lo que pensaba: hay que ser mañoso en todo, hay que aprenderlo todo, incluso a amar. Sí, no sacudas la cabeza, no sonrías. Somos humanos y todo lo que nos ocurre en la vida pasa por el filtro de la razón. Y a través de la razón se hacen soportables o insostenibles nuestros sentimientos y nuestras pasiones. No basta con amar.

Luego, el desastre, la muerte del hijo, la confesión en el templo ante un cura senil y, finalmente, el divorcio.

Concluido el relato de la mujer, es el marido quien asume el rol de narrador ante un viejo compañero de escuela, alguien que se aventuró a ir tan lejos como el Perú y además triunfar en contra de todas las expectativas. Es a él a quien Márai-marido confiesa que “es increíble lo mucho que uno tarda en aprender la lección”. Repudió a su primera esposa; fue burlado por su amante, a quien legitimó ante la sociedad casándose con ella a pesar de haber formado parte del servicio de su casa paterna; reconoció que “para alcanzar la verdad, la curación, la capacidad de disfrutar la vida, hay que saber perdonar, estar en gracia, y ése es un estado de ánimo excepcional. En la vida diaria basta con que seamos modestos y nos esforcemos en conocer nuestros verdaderos deseos e inclinaciones, y en admitirlos sin sentir vergüenza. Y en conciliar nuestras aspiraciones con las posibilidades que nos ofrece el mundo”.

Es pues la honrada medianía a que se refieren nuestros políticos, y el lector podrá entonces constatar que esa humildad es la que permite al autor reconocerse en su personaje y admitir que los grandes acontecimientos ocurren en absoluto silencio, por la fuerza de la inercia, y que detrás de los acontecimientos visibles y perceptibles hay otra cosa. “La gente no se contenta con ganarse el pan de cada día, mantener a su familia, tener un trabajo y desempeñarlo de modo honrado y responsable... no, quiere algo más. La gente quiere expresar sus ideas y realizar sus proyectos. Desea no sólo una ocupación que le permita ganarse la vida sino también la posibilidad de ejercer su vocación... Por supuesto, estas ambiciones sólo las tienen los que poseen talento.”

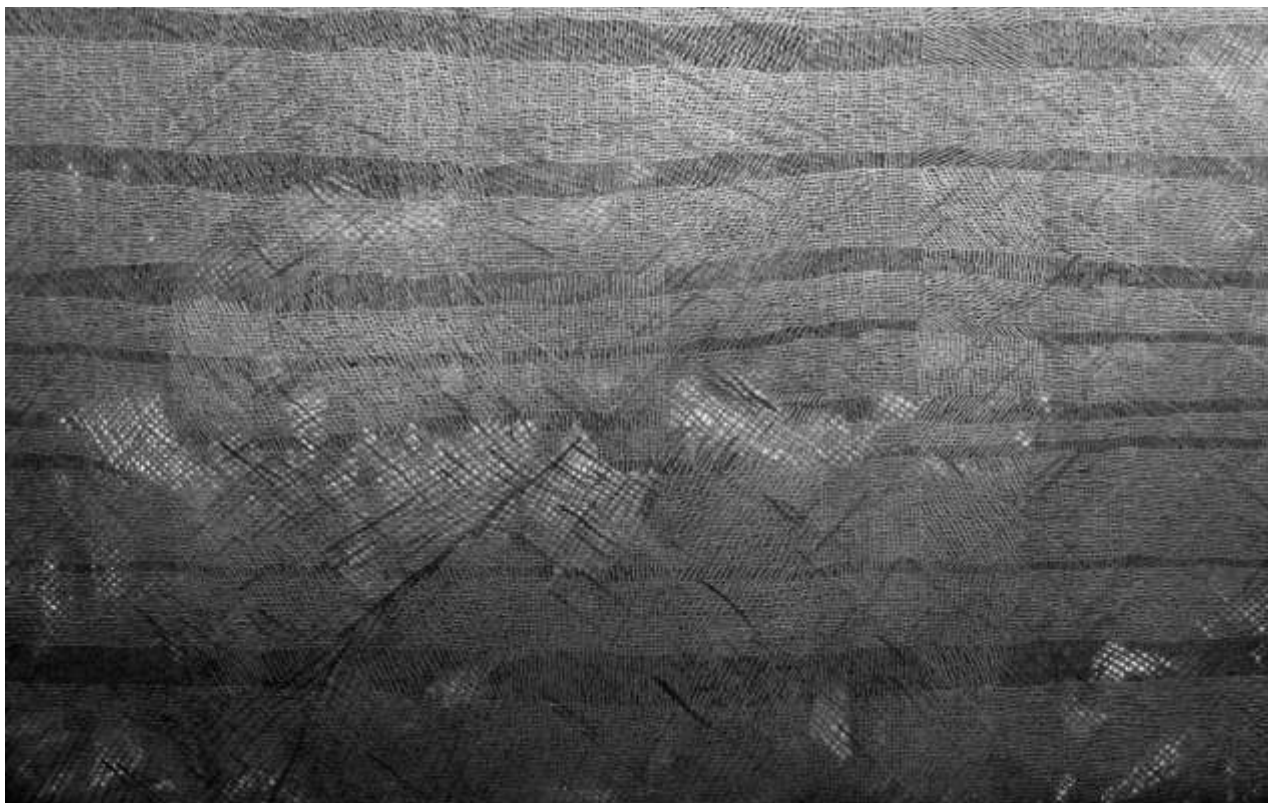
Moneda escasa, ese talento que todos desean y pocos, muy pocos llegan a poseer. Talento que facilita el desarrollo de una vocación, la posibilidad de vivir la vida como percibe que ha de ser vivida Milan Kundera en *La insostenible levedad del ser*: una obra maestra al óleo que se extiende directamente sobre el lienzo, sin posibilidad de corregir el trazo ni el color, sin la oportunidad de andar por la vida enmendando la plana.

Pero sólo es un apunte porque para el marido, engañado no sólo por su mujer y su amante sino también por él mismo, “la vida se queda vacía si no la llenas con alguna tarea peligrosa y emocionante. Y esa tarea no puede ser otra que el trabajo”.

Después y para culminar, el cerrojazo contra los personajes y contra el autor, el deslinde de responsabilidades, pues no es lo mismo ser creado que ser creador. Dice aquella mujer que fue contratada como servidumbre en la casa paterna y que el desengañado marido se empeñó en transformar en señora: “¿Quién es un escritor, preguntas? Tienes razón. ¿Quién es y qué es, al fin y al cabo, un escritor? Un gran don nadie. No tiene ni título, ni rango, ni poder. Un músico negro de jazz [en referencia al actual amante de la amante que nunca pudo ser señora] que esté de moda gana más dinero, un agente de policía tiene más poder, un funcionario ocupa un rango más alto...’ Y él lo sabía. Una vez me llamó la atención sobre el hecho de que la gente en sociedad ni siquiera sabe cómo dirigirse oficialmente a un escritor... tan don nadie le parece”.

La decadencia produce pánico

¿Es el anterior suficiente motivo para decidirse por el suicidio? ¿Tan don nadie se sentía Sándor Márai? Las razones últimas de una decisión de tal tamaño y de tan definitiva consecuencia sólo las sabe quien



decide quitarse la vida. Pienso, con riesgo de equivocarme, que el suicida miente incluso en el mensaje póstumo, porque cuando afirma que a nadie ha de culparse de su muerte, piensa precisamente lo contrario: todos, el mundo entero está en su contra y por ello decide quitarse de enmedio.

Si Arthur Koestler establece un pacto suicida con su mujer y lo cumple no es sólo por el Parkinson. Es necesario incluir el egoísmo de impedir que Cynthia continúe con su vida. Si él se va, todos sus afectos han de desaparecer al mismo tiempo. No puede concebir, se le hace impensable que su esposa pueda disfrutar, ver, sentir lo que de ninguna manera el enfermo, disminuido por la temblorina y el descontrol de su cuerpo, podrá ya ver, disfrutar y sentir.

El caso de Márai es distinto. Todo se fue al caño antes que él. En donde mejor lo deja establecido es en *¡Tierra, Tierra!*, segundo volumen de sus memorias. Es el profundo miedo al cambio, pues ya había padecido las

consecuencias del Pacto de Versalles. En una reunión entre amigos, por la noche, permanece atento a la declaración de guerra, o al inicio de las hostilidades, pues Adolfo Hitler no necesitó pedirle permiso a nadie para incendiar al mundo.

El recuerdo de nuestro autor es contundente:

Aquella noche fue singular y se recordaría no sólo por lo que ocurrió más tarde —la desaparición completa y la aniquilación total de una forma de vida—, sino también por otras razones: fue uno de esos momentos en los que se puede atisbar el propio destino, tanto por lo que comprendíamos y conocíamos como por lo que nos dictaba el instinto... Lo que no se podía descartar con la misma facilidad era el miedo, el miedo a la realidad: se aproximaba el momento de una importante decisión bélica.

Después, el pasmo: la ocupación y la entrega política de Hungría a la esfe-

ra de influencia de la cultura del Este, de la Unión Soviética, que hace presentir a Márai “que algo se había acabado, una situación imposible había desembocado en una situación nueva, igualmente peligrosa pero totalmente distinta”.

No vacila al platearse el dilema: “Es indudable que el Renacimiento fue una respuesta a la primera gran invasión ideológica llegada del Este. El mundo cristiano volvió a responder al segundo ataque procedente del Este, el del Imperio Otomano, con las armas así como con un gran intento de renovación, con la Reforma. ¿Cómo respondería mi mundo, el mundo occidental, a ese joven soldado ruso llegado del Este que me preguntaba a mí, a un escritor europeo sin nombre, quién era?”.

No hay conclusión posible. El desenlace, en un caso de este tenor, sólo se abre ante una gran interrogante: ¿es o no es bueno luchar contra lo inevitable? Buscar a toda costa una respuesta puede conducir al suicidio, como condujo a Sándor Márai. ~